

## El Servicio de Medicina Interna, una gran familia

Dionisio Carrillo Ortiz

Aún recuerdo aquel 14 de Febrero, cuando decidí incorporarme al Servicio de Medicina Interna del Hospital Princesa de España, que dirigía el Dr. D. José M.<sup>a</sup> Sillero Fernández de Cañete.

Recién obtenida una plaza en el sistema MIR para realizar la especialidad de Medicina Interna, y aunque quedaban días del plazo autorizado para comenzar mi tarea asistencial y formativa, el mencionado día, pese a la gran nevada caída esa noche, caminando por la nieve hasta subir al autobús que prácticamente circulaba en solitario, llegué al Hospital y me dirigí a la Dirección Médica, cargo que compartía el Dr. Sillero con la variada tarea asistencial de cada día.

Desde el primer momento el recibimiento fue acogedor, cordial y con un gesto paternal.

Nunca olvidaré el primer pase de sala en el ala corta de la planta 6.<sup>a</sup>, acompañando al Dr. Sillero (D. José) y con el respaldo de D. Francisco Fernández Montero, entonces Jefe de la Sección de Nefrología. Recuerdo incluso los

nombres con apellidos y las patologías de los primeros pacientes que atendí aquel día en las habitaciones 614 y 618, y mi incertidumbre ante una arritmia compleja que mostraba el trazado electrocardiográfico realizado por Sor Pilar Gómez al «paciente de la 614-B» por indicación de D. José durante el pase de visita, confiando en mí su interpretación, recién estrenado en las tareas asistenciales y con muchas cosas por aprender.

Todo era interesante, se me descubría un escenario ideal para mi deseo de aprender y resolver tantas incógnitas que como novel en la medicina veía en el horizonte.

Puntual y con ilusión, cada día asistía a la sesión matinal donde, en un ambiente de interés y respeto, se comentaban los ingresos de la jornada de guardia y D. José nos leía algún artículo médico traducido y mecanografiado por él con un estilo personal e inconfundible, y para mayor interés, nos entregaba una fotocopia a cada uno de los asistentes.

---

Con gran interés acudíamos a primera hora de las mañanas de los sábados, para recibir la enseñanza de los ponentes en los sucesivos cursos de Actualizaciones, en los que también los residentes participábamos, cada uno con sus habilidades y pericia; pero la paciencia de los asistentes y sobre todo de su organizador, D. José Sillero, nunca nos hizo sentirnos mal antes los fallos inevitables, y eso nos estimulaba a participar de nuevo con la finalidad de superarnos en aquello que éramos conscientes necesitaba mejora.

Posiblemente nunca valoramos en su verdadera dimensión el esfuerzo e interés docente de nuestro jefe y maestro que de forma incansable e ininterrumpida mantuvo incluso después de su jubilación, ya que cuando visitaba el hospital por cualquier otro motivo, siempre nos facilitaba algunos artículos que le parecían interesantes y había traducido para nuestro aprovechamiento.

Lo que encontré en el Servicio de Medicina Interna no era sólo un grupo de compañeros, sino una familia sanitaria con unos roles claramente definidos y con un espíritu de respeto, colaboración y servicio al enfermo, que no sólo encajaban con mi forma de pensar y actuar sino que me enseñaron un estilo profesional que considero tan importante como los conocimientos que cada día recibía de la sabiduría, la experiencia y la profesionalidad de todos los miembros del Servicio, en especial del Dr. Sillero, con la autoridad que da el saber actuar correctamente. Allí pude hacer vida una frase que leí cuando iniciaba

mis estudios de medicina «El deber de todo médico es ayudar al que sufre». En planta, la familia de Medicina Interna, estaba coordinada por Sor Pilar Gómez, religiosa de la comunidad de las Hijas de la Caridad que residían en la 8.ª planta del Centro y que no tenían horarios ni impedimento alguno para atender las necesidades de cualquier paciente cuando por su pericia se les requería. El equipo de enfermería, auxiliares de clínica, limpiadoras y celadores, formaban una unidad disponible para lo que fuera necesario, tanto en la tarea asistencial como humana.

Pronto me integré en el equipo de Pastoral de la Salud junto al capellán D. Valentín Anguita, religiosas y otros profesionales, y fueron bastantes las tardes que con Sor Pilar y algunas enfermeras reuníamos en la «sala de estar» del final de la planta, a los familiares y pacientes que podían acudir, y les hablábamos sobre el sentido del sufrimiento y les instruíamos en nociones básicas de formación en el cuidado del paciente, algo que ahora se ha puesto tan en auge, «el cuidador»; no cabe la menor duda que todos salíamos beneficiados porque sus experiencias nos enriquecían.

En consultas, siempre recuerdo la imagen de Sor Florentina, Luisi, Luci, y Victoria, que pasaban los pacientes, preparándolos cuidadosamente para la exploración médica y facilitando con gran presteza las peticiones para los estudios complementarios a realizar, sin dudar en acompañar a alguno de los más disminuidos o desorientados hasta el laboratorio o radiología

a fin de evitarle volver otro día para realizarse las pruebas solicitadas.

Al final de la mañana y de vuelta de planta, el olor a café recién hecho perfumaba el pasillo de consultas externas; era el momento en que D. José, rodeado de los que deseábamos aprender, daba los resultados a los pacientes vistos a primera hora en la consulta, tanto de la Beneficencia (grupos A), trabajadores de Diputación, y privados (grupo D) que acudían al Hospital, deseosos de conocer el dictamen médico y la opinión del personal experto del centro; el trato era igual para todos.

Durante años aprendí cada día en lo humano y científico, y este modo de actuar nos abrió puertas junto con el Dr. Manuel del Castillo, cuando ambos en periodo MIR, nos trasladamos al Hospital Ruiz de Alda de Granada para completar nuestro periodo de formación especializada, así como el año que trabajé como Internista y responsable médico en el Hospital San Rafael de los Hermanos de S. Juan de Dios en la misma ciudad.

Nuevamente, junto a mi amigo Manolo (Dr. Manuel del Castillo), volvimos a «nuestro hospital», esta vez como médicos adjuntos, y gracias a la oferta de trabajo realizada por el Dr. Sillero que una vez más dio muestra de su cariño y cordialidad con sus alumnos y compañeros.

Mi regreso al Princesa fue como «el volver a casa por Navidad». Las muestras de alegría y acogida recibidas por el personal del hospital y de un modo especial por todo el Servicio de Medicina Interna, fueron el testimonio

evidente de que como trabajadores sanitarios formábamos una familia.

Con lo aprendido en ese tiempo en otros Centros y asimilado con el estilo adquirido en el Hospital Princesa, mi regreso me permitió vivir una de las etapas más felices de mi vida, tanto a nivel familiar como profesional. Se incorporaron nuevos compañeros con los que aún comparto hoy trabajo, y otros dejaron el hospital para dedicarse a la Atención Primaria o Especializada ante la situación de incompatibilidad laboral que les planteaba la administración sanitaria, pero siempre siguieron presentes en nuestro pensamiento.

Vivimos después el 25 aniversario del Hospital Princesa de España, y me siento orgulloso de haber podido participar junto a compañeros tan queridos como el Dr. D. José Rosell; D. Mariano Cubero, y otros muchos, en algunas de las ponencias y mesas redondas organizadas para ese evento.

En todo momento me sentí inmerso en lo que luego denominaron, tan acertadamente, «Espíritu del Princesa» y eso me permitió asimilar de buen grado los distintos cambios que el hospital hubo de afrontar en los siguientes años.

Recuerdo la sobrecarga asistencial que supuso la incorporación al Servicio Andaluz de Salud con la adjudicación de la zona de Andújar, el cambio posterior con la integración de los Centros Sanitarios de la ciudad, etc.; todo ello habría sido aún más difícil sin ese estilo de colaboración y la excelente relación entre todos los profesionales y trabajadores del hospital,

que con acierto supimos exportar al nuevo destino laboral.

Del Servicio de Medicina Interna resaltaría su capacidad docente, claramente liderada por el Dr. Sillero y en la que nos sentíamos invitados a participar gustosamente. Cualquier paciente era la justificación idónea para hacer una revisión y presentarla en sesión clínica. Fueron muchos los médicos que como becarios en la época perteneciente a Diputación Provincial, como MIR y Asistentes Voluntarios, aprendíamos cada día la importancia de una anamnesis bien realizada y una exploración física minuciosa que permitía una presunción diagnóstica en un gran número de casos.

Me gustaría tener un recuerdo especial a las Religiosas de las Hijas de la Caridad por su *abnegado* trabajo, que motivaba a cada nuevo sanitario que se incorporaba al Servicio a participar de esa disposición y entrega hacia la persona enferma y necesitada.

Gracias a todos los que trabajaron por mantener y perpetuar esa herencia de saber cuidar, cada uno desde su vertiente profesional, las necesidades del ser humano en los momentos de incertidumbre y sufrimiento que suponen la merma o pérdida de la salud.

Esperamos que algún día podamos disfrutar de un Ciudad Sanitaria donde aplicar todas las habilidades y conocimientos adquiridos, demostrando que la familiaridad, el cariño, compañerismo y el respeto entre todos los profesionales, técnicos o sanitarios, que formamos un hospital no son incompatibles con el progreso de la ciencia y de la técnica, y sí son imprescindibles para una atención integral al paciente y hacer más gratificante nuestro desarrollo profesional. Sirva el recuerdo de lo vivido en el Servicio de Medicina Interna del Princesa de España como una demostración de esta realidad.

---

Dionisio Carrillo Ortiz

---